

PUEBLO, POLÍTICA Y NACIÓN, SIGLOS XIX Y XX

*Alan Knight**

Quando el representante británico Frederick Chatfield llegó a la América Central en 1834, encontró un ambiente de 'anglofobia', inflamado por la cuestión de Belice, por el flujo de importaciones británicas, y, poco después, por su propia gestión proconsular, que reveló un ambicioso y provocador 'sueño de imperio'.¹ Huelga decir que, en mi caso, ciento sesenta y dos años después, el ambiente es otro; aprecio y agradezco la invitación del CIHAC que ha posibilitado mi visita, y, si hay algo de ambición o provocación en mi gestión, resulta del alcance de esta charla, que trata de analizar la relación entre pueblo, política y nación durante los siglos XIX y XX: ambición, en vista de la complejidad del tema, y provocación en el sentido de que, mientras mis argumentos derivan principalmente del caso que mejor conozco, el mexicano, trataré, de aplicarlos a otros casos, incluso América Central, que menos conozco. Así, pondré mis argumentos al juicio de los muchos expertos reunidos aquí, y por lo tanto, quizá los molestaré, a ellos con mi falta de

* Doctor en Historia. Enseña historia de Latinoamérica en la Universidad de Oxford.

comprensión, y a los mexicanos y mexicanistas por haber violado su primer artículo de fe: 'como México no hay dos'.

Hoy día no es muy de moda citar a Carlos Marx. Entonces, voy a parafrasear más que citar; 'un espectro anda por (is haunting) Europa: el espectro –no del comunismo– sino del nacionalismo'. Con la caída del muro de Berlín y el fin del sistema internacional bipolar –en que el nacionalismo, sea ruso o estadounidense, desempeñó un papel importante, pero bajo un camuflaje ideológico– los sentimientos nacionalistas han cobrado fuerza, más obviamente en Europa del Este, incluso Rusia. Al mismo tiempo en Europa Central y Occidental vemos la paradoja –si en realidad es una paradoja– de la integración económica y política representada por la Unión Europea, por un lado, y, por otro, el fortalecimiento de lealtades regionales/ nacionalistas/xenofóbicas, que se ven, por ejemplo, con los partidos neofascistas (le Pen, Zhirinosvsky), la derecha conservadora inglesa (Portillo)², y los brotes de xenofobia callejera en Alemania y Francia. De ahí surge la pregunta –relevante para el México pos –TLC– si el fin de la guerra fría, combinado con el proceso de integración económica, que se ve no solamente en Europa sino también en América del Norte y el Cono Sur, conllevan una reacción nacionalista e incluso xenofóbica.

En cuanto a México, América Latina, y el llamado Tercer Mundo en general, tanto el fenómeno como el análisis del nacionalismo son conocidos, tienen una larga historia, y, por tanto, no están tanto de moda como en Europa. (Menciono México en el contexto del 'Tercer Mundo' –que no es un concepto que me gusta mucho– con cierta cautela, porque no estoy seguro si, conforme el discurso oficial de hoy, México se encuentra en el Tercer o el Primer Mundo, si está en transición entre los dos, y, si en verdad está en transición, en qué dirección anda. Ni hablar de la cuestión pendiente de que si todavía existe o no un 'segundo mundo' que completa la tipología tradicional tripartita).

En todo caso, el énfasis puesto en el nacionalismo como fuerza histórica y 'concepto organizador' del análisis académico del Tercer Mundo es bien conocido. Como dijo Clifford Geertz hace veinte años: 'el nacionalismo –amorfo,

inciertamente provocado, apenas articulado, pero, con todo, altamente inflamable— es todavía la mayor pasión colectiva en los nuevos estados— y, a veces casi la única'.³ Geertz hablaba de los nuevos estados poscoloniales de Africa y Asia; pero su argumento tiene cierta relevancia para América Latina, cuyos estados/naciones también surgieron de las cenizas de imperios europeos. En cuanto a América Latina, sin embargo, el análisis del nacionalismo ha sido poco riguroso, especialmente en términos comparativos.⁴ Muchos historiadores han subrayado —quizás con toda la razón— la importancia de este fenómeno. 'La obsesión de los intelectuales mexicanos por el tema de la patria' —dice Luis González— 'jamás ha sido superada en ningún otro país'.⁵ Pero mientras que las referencias al fenómeno son ubicuas, el análisis riguroso y comparativo es escaso. Tenemos libros 'tradicionales',⁶ que reúnen una serie de datos —casi una lista de comparas— que carecen tanto de discriminación como de enfoques teóricos o comparativos. Los intelectuales mexicanos, con su 'obsesión por la patria', que menciona Luis González, a veces no prestan mucha atención a los demás países para hacer comparaciones o contrastes; el nacionalismo, como decirlo, no solamente constituye su tema, sino, al mismo tiempo, influye su metodología.

Por añadidura, los analistas más generales, globales y comparativos suelen desatender a América Latina, enfocándose en Europa, Asia o Africa: tal es el caso de Antony Smith, John Breuilly, Ernest Gellner, Elie Kedourie, Kenneth Minogue, e incluso Eric Hobsbawm, que conoce América Latina (Perú y Colombia) de primera mano. La principal excepción es Benedict Anderson, cuyo influyente libro, *Comunidades Imaginadas*, sí contiene un capítulo interesante y sugerente sobre América Latina.⁷

Sin embargo, América Latina es sumamente importante para el análisis comparativo del nacionalismo, especialmente —diría yo— por dos razones. En primer lugar, como Anderson reconoce, las Américas experimentaron los primeros esfuerzos para establecer naciones, es decir, estados—naciones, a raíz del derrocamiento de los imperios europeos. Por tanto, abrieron un sendero que, más de un siglo después, los pueblos poscoloniales de Asia y Africa habrían de seguir.

Del mismo modo los estados/naciones de América Latina tienen una larga historia del proceso de 'nation-building'— de 'forjar patria'— que merece compararse con otros procesos semejantes, pero subsecuentes.

De ahí surge el segundo aspecto importante, y quizás más de moda. Este tiene que ver con el proceso de 'nation-building' especialmente en torno al papel del campesinado—o, más generalmente, de las clases subalternas. Si 'forjar patria' quiere decir inculcar lealtades nacionales, y asegurar que la 'comunidad imaginada' (que es la nación) penetre la imaginación no solamente de las elites, de los intelectuales, de los que saben leer y escribir, sino también del populacho, de los analfabetas, de los campesinos e indígenas, entonces ¿cuándo —y en qué medida— se puede comparar a las 'naciones' de América Latina como verdaderas naciones, como comunidades ampliamente y realmente imaginadas por sus supuestos ciudadanos? ¿Eran los campesinos e indígenas del siglo pasado —incluso de este siglo en algunos casos— miembros de la nación, o más bien 'localistas', apegados a sus patrias chicas y lealtades 'primordiales', tales como el pueblo, la localidad, la etnia? Por un lado, hay quienes —como Heraclio Bonilla y Fernando Gonzalbo Escalante— sostienen que la 'nación' era una imposición más o menos ficticia, que carecía de raíces en las comunidades alejadas, campesinas, indígenas. Por otro lado, la obra reciente —y ya influyente de Florencia Mallon— presenta un proceso de 'forjar patria' más temprano y más difundido entre la población analfabeta e indígena.⁸ De hecho, Mallon arguye que los campesinos insurgentes de la Sierra de Puebla (durante la intervención francesa) o de la Sierra Central de Perú (durante la Guerra del Pacífico) eran más patriotas que las elites, quienes transigieron con los invasores. Si, conforme a la hipótesis de Mallon, tenemos campesinos nacionalistas y elites vendepatrias, ¿cómo se explican estas lealtades, que parecen contradecir ciertas ideas recibidas en cuanto a la formación del nacionalismo? Cómo debemos entender la relación entre patria y pueblo a lo largo de los siglos XIX y XX?

Antes de entrar un poco más en estas cuestiones importantes (pero difíciles), quiero decir algo sobre la teoría y

la tipología del nacionalismo, porque creo que los debates antes mencionados giran –como muchos debates históricos– alrededor de asuntos teóricos y conceptuales. Por ejemplo: para decidir si existió en el siglo pasado un nacionalismo popular, campesino, incluso indígena, tenemos que estar de acuerdo sobre una definición de ‘nacionalismo’; sin dicho acuerdo, el intercambio de datos empíricos nunca bastará para resolver la cuestión. Al mismo tiempo, como empiricista de hueso colorado, creo que es esencial armar nuestras teorías, conceptos, o hipótesis a la luz de los datos, para evitar caer en un abismo de puras abstracciones.

Mi tipología preferida tiene mucho que ver con mi propia investigación en la historia de México –y, en menor grado, de ciertos otros países latinoamericanos y europeos. Creo que podría tener cierta validez en otros casos también, pero de ninguna manera sostendría yo que es una clave analítica superior a cualquier otra; solo que tiene cierta utilidad, y por lo tanto, nos ayuda a definir, desagregar y así entender lo que es el proteico fenómeno del nacionalismo. Propongo distinguir cinco especies de nacionalismo, que llamaría:

1. El patriotismo político.
2. El nacionalismo cultural (que nada más mencionaré, de paso)
3. El nacionalismo económico
4. La xenofobia y
5. Lo que en inglés se llama ‘nation-building’ –o, en castellano, el ‘proceso de forjar patria’.

Para evitar largas repeticiones, y nada más como una convención semántica, voy a referirme al *primero* como ‘patriotismo’, al *último* como ‘nacionalismo’. Para mi, entonces, ‘patriotismo’ se refiere a un sentimiento, una actitud, una lealtad, y un comportamiento que tienen que ver con la patria, definida como una entidad territorial, una ‘comunidad imaginada’, que merece defensa, apoyo, respeto.⁹ El patriotismo implica la defensa de la soberanía, las fronteras, la dignidad nacional; se cataliza, entonces, por cuestiones fronterizas (Costa Rica/Nicaragua, Guatemala/Belice) o por

supuestos insultos (el desafío del Ministro de Hacienda peruano, Ramón Castilla, al encargado francés Sallard a un duelo –con lanzas– debido a unos ‘préstamos ínfimos’ que los franceses insistían recaudar en 1841; la altercación entre México y Estados Unidos que condujo a la ocupación del Puerto de Veracruz en 1914; el ‘incidente *Time*’ en Bolivia en 1959).¹⁰ Pero el patriotismo se ve más claramente en época de guerra, en duelos entre pueblos; en el caso mexicano, generalmente guerras defensivas; en el caso inglés, como el reciente libro de Linda Colley demuestra, en guerras ofensivas e imperialistas, tema al que regresó, más tarde. El patriotismo como reacción contra desafíos o amenazas a la soberanía de la patria es un fenómeno que se ve muy frecuentemente en la historia de México, especialmente en sus relaciones con los Estados Unidos: con el Tratado McLane/Ocampo (1859); la doctrina Carranza; la oposición al acuerdo de Bucareli (1923); la expropiación petrolera (1938)¹¹; y, en época más reciente, esa aguda sensibilidad mexicana a la ‘intervención’ o a la ‘intromisión’ gringa –sensibilidad que ciertos observadores norteamericanos, como Robert Pastor, denuncian como irracional, y que los nacionalistas mexicanos, tanto derechistas como izquierdistas (pienso, por ejemplo, en Jorge Casteneda), justifican; y que se ve en su forma más teatral en el Museo de la intervención en la Ciudad de México y en su forma más maquiavélica en el llamado ‘fraude patriótico’.¹²

Veo el nacionalismo cultural como la valorización de una cultura distintivamente ‘nacional’, de tal manera que puede servir como brazo derecho del patriotismo –y/o del nacionalismo. Es decir, figura como una fuerza auxiliar. Aunque merece atención –fíjense en ejemplos conocidos como los murales revolucionarios, el folclor indigenista, los símbolos arquitectónicos de la propia Ciudad de México –no intento tocar ese tema directamente. Pero vale notar un aspecto importante: en tanto que América Latina (o Española o, según Vasconcelos, la ‘Indoamérica’) comparte –o cree compartir– una cultura común, existen bases para un nacionalismo que cruza las fronteras territoriales, que se ve no solamente en la literatura (Darío, Rodó)¹³, sino también en lazos de solidaridad política, incluso anti-imperialista (por

ejemplo, las protestas latinoamericanas contra el Vice-presidente Nixon en 1958).¹⁴

Las categorías 3 y 4 –el nacionalismo económico y la xenofobia– son importantes, especialmente en los períodos 1810-60 y 1930-70. Muchas veces en los estudios se confunden, pero yo prefiero distinguirlos, porque me parece que son muy distintos en cuanto a sus modalidades, su racionalidad, y su apoyo social, especialmente en el siglo XX. El nacionalismo económico representa un esfuerzo para controlar los recursos económicos, privilegiando a los nacionales en lugar de los extranjeros, ya sea por medio de protección, los subsidios, la ayuda estatal, la regulación, los impuestos, o, en última instancia, la expropiación. Ha experimentado dos ciclos históricos; muy común en la primera mitad del siglo diecinueve – cuando, en el Perú, ‘el proteccionismo era la ideología caudillesca predominante’¹⁵ –perdió fuerza durante la época liberal a fines del siglo pasado, pero resurgió en este siglo; con la Revolución Mexicana y, más importante, la depresión de los treinta. En los últimos años, con el nuevo viraje neoliberal, ha estado en franca retirada por doquier. El nacionalismo económico difiere de la xenofobia en cuanto a sus modalidades y, muchas veces, su apoyo social. Se dirige contra intereses económicos extranjeros poderosos: en el siglo XIX, los comerciantes españoles, después los ingleses; en el siglo XX, las grandes compañías extranjeras, como las petroleras en México o Bolivia, las ferrocarrileras en Argentina, la United Fruit en América Central. Recibe su apoyo de ciertas capas distintas: en su primer ciclo decimonónico, de gobiernos, comerciantes nacionales y –un grupo clave– los artesanos, que formaban coaliciones nacionalistas y proteccionistas bastante amplias y poderosas; en su segundo ciclo, (a) de grupos –inicialmente bastante restringidos– dentro del gobierno, la inteligencia, la incipiente burocracia, y (b) de aquellos sectores proletarios y empresariales nacionales (aunque yo pondría más énfasis en [a] que en [b]).¹⁶

En contraste, la xenofobia fue un sentimiento más bien popular dirigido contra grupos de *extranjeros residentes* en América, quienes tenían relaciones cotidianas con los nacionales, sea en mercados de trabajo o comerciales. En el

siglo XIX, la xenofobia y el nacionalismo económico se combinaban; los comerciantes españoles o ingleses representaban tanto trabas económicas colectivas como blancos cotidianos de cierta xenofobia popular, que también tenía tintes políticos o –en el caso de los intereses protestantes– religiosos. De ahí las protestas populares y violentas en el Perú o Guatemala ('Viva la religión y muerte a los extranjeros', gritaron los guerrilleros de la Montaña al entrar a la Ciudad de Guatemala en 1838).¹⁷ Durante el segundo ciclo, estas dos corrientes divergieron. Los blancos del nacionalismo económico –las grandes empresas extranjeras– sufrieron poca protesta popular y violenta; en el caso mexicano, se protegieron eficazmente en capullos de colaboración, que incluyeron a veces a sus propios obreros; por tanto se enfrentaron más a los desafíos del nacionalismo económico intelectual/administrativo que de la xenofobia popular, cotidiana y callejera. Esta sí existía, pero escogió otras víctimas; en México, los españoles –los célebres gachupines– y los pobres chinos, que durante la revolución sufrieron muchísimo más de la revancha popular que los norteamericanos o los ingleses residentes en México.¹⁸ El nacionalismo económico, entonces, fue un fenómeno más elitista, su blanco principal eran los intereses 'imperialistas', y su arma principal la regulación, los impuestos, la expropiación; la xenofobia fue un fenómeno popular, dirigido contra poblaciones inmigrantes más pobres (tendederos, jornaleros), y fue más asociado con la violencia. (No quiero decir que los dos fueron totalmente distintos: hubo elites –como los sonorenses– que manipulaban o compartían la sinofobia en los años veinte y treinta; y el *annus mirabilis* patriótico de 1938 vio una suerte de nacionalismo económico popular– aunque, no creo que eso fue ni tan típico, ni tan fuerte como a veces se piensa).¹⁹ Creo que esta distinción entre nacionalismo económico y xenofobia tiene cierta validez en otros casos (no–mexicanos). En Argentina, por ejemplo, donde el proyecto económico–nacionalista de Prebisch o de Pinedo tenía poco que ver con la xenofobia anti-semítica que se vio en la Semana Trágica, o más recientemente en el atentado contra el centro judío en Buenos Aires.²⁰

Por último llegamos a la última –y quizás la categoría más compleja y tramposa– que yo denomino como ‘nacionalismo’, diferenciándolo del ‘patriotismo’. Desde la independencia, los países de América Latina –como los países poscoloniales del siglo veinte –se han esforzado para ‘forjar patria’ y, al mismo tiempo, ‘forjar Estado’ –los dos proyectos siendo casi indistinguibles, dado el hecho que el modelo del Estado que ha prevalecido en todo el mundo moderno –ya sea el primero, el segundo o el tercer mundo– ha sido el del Estado/nación, basado en la idea de la complementariedad necesaria entre el Estado y la nación. Obviamente, la nación se puede concebir en términos distintos: compárense, por ejemplo, la idea (alemana, húngara, japonesa, y en cierta medida mexicana) de naciones de descendencia, naciones ‘raciales’, y la idea (francesa, estadounidense, argentina) de naciones ‘cívicas’, basadas en el republicanismo, la inmigración y la asimilación (de donde surge el conocido chiste de que los mexicanos descendieron de los aztecas, los peruanos descendieron de los incas, y los argentinos descendieron de –los barcos). Pero lo importante es la norma global de la dualidad Estado/nación: a lo largo de la historia secular los antiguos estados que regían, por un lado, los grandes imperios multiétnicos (el chino, el azteca, el otomano) o, por otro, las ciudades y sus alrededores (Atenas, Florencia, Tikal, Uxmal) tuvieron que ceder al modelo dominante del Estado/nación, al estilo europeo, que surgió en los últimos siglos. (Lo digo con cierta vaguedad cronológica deliberada: como aclararé, no comparto el punto de vista que limita el surgimiento del Estado/nación al período después de la Revolución Francesa; lo veo como un proceso más largo, quizás con raíces medievales).²¹ Por supuesto, hubo ‘imperios’, como la URSS, que, por medio de la rusificación, trató de ‘nacionalizar’ su imperio, pero no tuvieron éxito. Pero debemos reconocer que cada Estado/nación exitoso –es decir, duradero– ha tenido que perseguir semejantes políticas de ‘nacionalización’: como hicieron los británicos en Irlanda; los franceses en Bretaña; o los latinoamericanos –me refiero principalmente a gobiernos y elites– frente a su población indígena que también han tratado de asimilar, es decir, de ‘nacionalizar’, ‘mexicanizar’ o, en el caso nicaragüense, ladinizar.²²

Este proceso de 'nacionalización' de la población es –por razones que voy a dar en seguida–, casi inseparable del proceso de formación del Estado. En inglés, 'nation-building' and 'state-building' corren parejos; son dos caras de la misma moneda. Sin nacionalizar a su población, el Estado es un Estado que vale nada en el mundo moderno. Sin combinar lealtad al Estado con lealtad a la nación, los dos proyectos arriesgan fracasar, porque una nación sin Estado está amenazada con la extinción. Ernest Gellner calcula que, en comparación con los 200 estados *actuales* en el mundo, hay quizás 800 nacionalidades con cierto *potencial* de forjar un Estado –los kurdos, los quebecois, los catalanes, por ejemplo; en América Latina podríamos pensar en grupos indígenas como los mosquitos, aún los quechua.²³ Al mismo tiempo, un Estado (moderno) que carece de los lazos compartidos del nacionalismo es un mero esqueleto, una autoridad hueca y espúrea, que depende de la coerción más que de la legitimidad. De ahí surge la pregunta central que trataré: ¿en qué medida los estados latinoamericanos han sido meros esqueletos, carentes de la carne colorada del nacionalismo?

Lo importante de este argumento es que, históricamente, el proceso de forjar patria, este proceso de nacionalización, de moldear ciudadanos patrióticos y obedientes, que para mí define al nacionalismo, está íntimamente ligado con la formación del Estado moderno, es decir del Estado centralizado, que exige no solamente el monopolio de la violencia (al estilo weberiano) sino también una gama de derechos sobre sus ciudadanos (el 'esto ético', en términos de Gramsci).²⁴ Tal Estado se ve muy claramente en el caso de México posrevolucionario, cuando el gobierno –siguiendo, con mucho más éxito, frustrados precedentes porfirianos y juaristas– se esforzó por educar, moralizar, controlar, organizar y 'mejorar' al pueblo confiado a su cuidado.²⁵ Este proyecto eminentemente nacionalista (en mi sentido de la palabra) se jactó de su patriotismo. Y con cierta razón: fortaleció la soberanía nacional, posibilitó la movilización nacionalista de 1938. Sin embargo –anticipando el argumento que voy a desarrollar más tarde –la apropiación acaparadora del patriotismo por parte de los revolucionarios, con su

proyecto doble de 'forjar patria' y 'forjar Estado', nos ha llevado a cierta confusión: porque, según mi parecer y, conforme a mi tipología, el patriotismo no es la misma cosa que el nacionalismo; forjar patria y forjar Estado son procesos distintos, aunque relacionados. La patria –en ciertos casos, incluso el mexicano– es anterior, es más amplia, orgánica, surgida de abajo así como construida de arriba, y compatible con formas políticas distintas; es decir, no tiene una relación obligatoria e incestuosa con el Estado moderno, centralizado, burocrático.²⁶

Establecer tipologías –categorías de nacionalismo– es un paso inicial necesario. Pero las tipologías y categorías son algo estáticas. Describen las cosas sin explicarlas; contestan a la pregunta ¿qué? más que ¿por qué? (Aunque se nota que aún esta breve discusión tipológica fácilmente conduce a cuestiones más causales). Al considerar el por qué del nacionalismo– ¿por qué surgió? ¿quiénes lo apoyaron?, ¿contra quiénes? –los historiadores teóricos han dado respuestas muy variadas. Anthony Smith propone una diferencia esencial entre dos perspectivas: por un lado, la 'primordial' o 'perenne' y, por otro, la 'moderna' o 'instrumental'.²⁷ La primera perspectiva ve al patriotismo/nacionalismo (por ahora, no quiero enfatizar la diferencia) como algo de gran linaje histórico, que se remonta a tiempos antiguos; a la edad media, en el caso europeo, o a los estados/ciudades de la Grecia clásica. Así es que Stephen Runciman percibe 'un genuino sentimiento nacional en la Sicilia del siglo doce' y Pierre Vilar no descarta 'la presencia de un espíritu nacional medieval'.²⁸

En el caso mexicano, conocemos muy bien el concepto del patriotismo (o 'protopatriotismo') criollo, asociado con los símbolos de Quetzalcoatl y –más importante– de la Virgen de Guadalupe, propuestos por Lafaye y Brading, entre otros; símbolos que, nos dicen, florecieron en el siglo dieciocho –aunque nacieron antes– y proveyeron los recursos discursivos para el movimiento de independencia.²⁹

El fenómeno del patriotismo es, para algunos, 'primordial' en el sentido de que se remonta a tiempos lejanos y se ve casi clavado en el alma humana; se compara –y quizás deriva– de lazos primordiales como los de la familia o de la

tribu. Lockhart enfatiza que los habitantes del *altepetl* (ciudad/estado) mesoamericano 'se consideraban como una gente radicalmente distinta'³⁰, Schele y Freidel comparan las ciudades/estados de la civilización maya clásica con sus equivalentes en la Grecia clásica (Atenas, Esparta). Los mayas, dicen ostentaban lealtades particulares, a la ciudad y a su dinastía, pero al mismo tiempo tenían 'un sentido de identidad común como maya...[y], como los antiguos griegos, ofrecían una identidad étnica unida contra los fueños, especialmente los que hablaban idiomas distintos.³¹ De hecho, la cuestión del idioma es crucial, dado que ciertos expertos consideran que la emergencia de distintos idiomas conlleva la segregación cultural de la humanidad y un incipiente sentido de etnicidad que se puede comparar con el patriotismo o conduce a él; un antropólogo eminente se refiere al desarrollo de un "patriotismo ampliado" ('increased patriotism') en comunidades sedentarias de la época neolítica.³²

En contraste con esta perspectiva de larga duración, los protagonistas del enfoque 'moderno' o 'instrumental' ven al patriotismo/nacionalismo como un fenómeno esencialmente moderno, ligado íntimamente al desarrollo del Estado (también moderno) y durante y después de la Revolución Francesa. 'No considero la nación como una social, ni primaria ni estática (unchanging)', afirma Hobsbawm; 'pertenece exclusivamente a un período particular, históricamente reciente... tiene que ver con una suerte de estado moderno y territorial, el Estado/nación, y es inútil hablar de la nación o de la nacionalidad salvo en la medida en que ambas se relacionan con él'.³³ Tanto Hobsbawm como Ernest Gellner, entonces, enfatizan la novedad de la nación y del nacionalismo (para ellos, hablar del nacionalismo medieval, y mucho menos neolítico, sería ridículo); además ven este fenómeno como un artefacto creado por los hombres, especialmente por los estadistas. El nacionalismo, por tanto, es producto del Estado y de los esfuerzos de los estadistas; el Estado precede al nacionalismo; en palabras de Hobsbawm otra vez, 'las naciones no hacen ni estados ni nacionalismo, sino al revés'.³⁴ Historiadores distinguidos de América Central concuerdan: el Estado costarricense precedió al

nacionalismo costarricense, y este fue el resultado de un proyecto armado por la propia elite.³⁵

Obviamente, tenemos aquí una discrepancia no desdeñable. Conciérne no solamente la antigüedad del nacionalismo, sino también los motivos que lo empujan: por un lado, motivos o sentimientos más antiguos, amplios, populares, 'primordiales', casi orgánicos, 'desde abajo' y, por otro lado, motivos deliberados, elitistas, instrumentales, 'desde arriba'. Para los 'instrumentalistas', estos motivos pueden ser varios. Más obviamente, existen motivos para los estadistas, los encargados del nuevo Estado moderno, para fomentar un nacionalismo que sirva para fortalecer el poder y la autoridad de ese Estado, independientemente de toda dinastía; así, los revolucionarios franceses trazaron el sendero que las 'state-building elites' (los forjadores de Estado) perseguirían a lo largo de los siglos diecinueve y veinte. México es un buen ejemplo y, dentro de América Latina, un caso bastante exitoso; pero el modelo republicano francés se nota por doquier.³⁶

Pero hay otros motivos de índole socio-económica. Conforme el modelo marxista (o, quizás, un modelo marxista, pero el modelo más convencional) el nacionalismo representa la ideología y el proyecto de la burguesía (quizás, la burguesía nacional), que necesita un mercado nacional desarrollado, protegido, y fiable; forjar patria, entonces, es una cuestión económica, y el nacionalismo sirve como cemento ideológico para el proyecto burgués-capitalista'. Esta perspectiva subyace, por ejemplo, el argumento de Bonilla contra Mallon: para aquel, es imposible concebir una verdadera nación peruana, o un campesinado peruano patriótico, en pleno siglo diecinueve, antes de la penetración del capitalismo y la formación de un mercado nacional.³⁷ La teoría tiene cierta lógica pero, aún como interpretación económica, es algo parcial. Si aceptamos un nacionalismo que funcionó como vehículo ideológico de otra burguesía (¿local, librecambista?) en búsqueda de un mercado nacional integrado, había otro nacionalismo, vehículo ideológico de otra burguesía (¿local mercantilista?), en búsqueda de un mercado local, protegido: la del Consulado de comercio limeño, por ejemplo, o de las ciudades rivales centroamericanas.

Ambas ventilaron un discurso nacionalista que concordaba con sus intereses económicos: las diferencias estribaban no en la relación entre interés económico y proyecto nacionalista, sino en la envergadura y modalidad del interés y del proyecto: nacional y librecambista por un lado, local y proteccionista por otro.³⁸ Vale agregar que, en el siglo pasado la diferencia entre 'nacional' y 'local' era algo arbitraria; las unidades nacionales que emergieron –Perú, Guatemala– no eran inevitables; Guatemala se separó de México y de la Federación; los Altos –por poco– no se separó de Guatemala.

Ernest Gellner ofrece una explicación semejante, pero que pone énfasis no tanto en el *capitalismo*, sino en la *industrialización*. Según Gellner, la sociedad industrial necesita gran movilidad de gente; tiene que romper la antigua estabilidad de la sociedad tradicional, agraria, estamental. El nacionalismo, entonces, figura como la ideología apropiada para aglutinar a la gente bajo este nuevo orden social; 'al contrario de la opinión tanto popular como académica', dice Gellner, 'el nacionalismo no tiene raíces muy hondas en la mentalidad humana'; de hecho, 'las raíces del nacionalismo [se encuentran] en las distintas necesidades de la sociedad industrial'; 'el nacionalismo de ninguna manera representa el despertar de una fuerza antigua, latente, dormida, aunque así se manifiesta. Es, en realidad, consecuencia de una nueva forma de organización social, basada en la internacionalización de culturas superiores, dependientes de la educación'.³⁹

Un corolario importante de este enfoque funcionalista/económico es que ve al nacionalismo como una fuerza que se impone o se difunde desde arriba hacia abajo; descarta la posibilidad de un nacionalismo/patriotismo protagonizado por grupos subalternos, analfabetas, campesinos (como lo niega Bonilla en su debate con Mallon en el contexto del Perú decimonónico). Este enfoque tiene gran atracción, porque cuadra con ciertas perspectivas– y, quizás, prejuicios– muy difundidos; me refiero a la noción del localismo arraigado y miope de los campesinos, de la alfabetización, y de ser miembro de una comunidad 'imaginada' nacional real y exigente. Son muchos los ejemplos de este enfoque. Bonilla cita a Emerson: los campesinos son 'indiferentes... o,

a lo mejor, y tardíamente, adherentes pasivos al credo nacionalista'.⁴⁰ Robert Scott, en su conocido análisis del sistema político mexicano, afirma que, en 1910, 'casi el 90% del pueblo mexicano, siendo agricultores tradicionales de subsistencia, carecían de un concepto significativo de la nación'.⁴¹ ¿De dónde surge esta opinión expresada con tanta certidumbre, —y que contrasta con otra corriente de opinión, que presenta al campesino como la encarnación del pueblo y de la patria?⁴²

En parte, creo yo, surge de la opinión de las propias elites quienes, a lo largo del siglo diecinueve, lamentaban la falta de nacionalismo de sus supuestos compatriotas plebeyos: esa completa extinción del espíritu público, que ha hecho desaparecer toda idea de carácter nacional, en palabras de Lucas Alamán.⁴³ Según sus críticos elitistas, las masas mexicanas permanecían encerradas en sus corporaciones coloniales, mudas, pasivas e inertes, indiferentes al bien nacional. La iglesia pesaba más que el Estado nacional: 'nuestro populacho... cree más a un fraile en el púlpito... que al patriota más elocuente'.⁴⁴ Los indios, sobre todo, quedaban aislados: no era sorprendente que toleraran la invasión gringa de 1847, ya que 'a las tres cuartas partes [de ellos] no les ha llegado tal vez la noticia de haberse hecho la independencia'.⁴⁵ Quejas de esta índole se oían a lo largo de América Latina en el siglo pasado; también se oyen en tiempos más recientes y en otras partes del mundo.⁴⁶ Para dar nada más un ejemplo contemporáneo: el diplomático/politólogo francés Alain Rouquie, recuerda como, en Ecuador, 'cuando les preguntaron a unos indios ecuatorianos que pensaban de la patria, contestaron que era una buena línea de autobuses'.⁴⁷

¿Son estas observaciones fieles reflejos de la realidad? Podemos permitirnos ciertas dudas. Como regla general, creo yo, los de abajo entienden mejor a los de arriba que viceversa: es una cuestión del egoísmo colectivo, ya que los subalternos tienen más incentivo para entender a sus amos, al menos en lo que les concierne, que al revés. Por tanto, debemos cuidarnos de las confiadas afirmaciones de las elites acerca de las mentalidades populares. Además, como James Scott nos recuerda, las opiniones expresadas por miembros

de clases subalternas a veces son muy engañosas, precisamente porque buscan engañar; las peticiones, las quejas, las actas judiciales no son textos transparentes.⁴⁸ Muchas veces, los hechos son más reveladores que las palabras. Y la experiencia histórica –de opresión, de resistencia, de lucha, de triunfo o derrota– es una forma de aprender no menos eficaz que la escuela o la universidad. La escuela sí puede ser una poderosa fábrica del patriotismo/nacionalismo (otra vez, México es un buen ejemplo), pero hay otras maneras –menos oficiales y deliberadas, más contingentes e imprevisibles– de ‘forjar patria’, de construir una nación. En este sentido, la definición de Renan sigue siendo útil, cuando define el sentimiento de patriotismo así: ‘avoir faire de grandes choses ensembles, vouloir en faire encore’ (habiendo hecho grandes cosas juntos, querer hacerlas otra vez’).⁴⁹ (Vale agregar que esta definición podría referirse a otras agrupaciones aparte de la nación: por ejemplo, una comunidad, una iglesia, un sindicato, un clan).

De ahí surge la hipótesis –no lo diría con más certeza– que la relación entre nación y masas, patria y pueblo, se pueda establecer en época temprana, conforme experiencias históricas que pueden ser contingentes e imprevisibles; es decir, experiencias que no forman parte de un proyecto ‘de arriba’, que no resultan de una ingeniería social deliberada, y que derivan de la acción tanto popular como elitista. Obviamente, es difícilísimo investigar esta relación tácita, quizás latente. Pero podemos concebir dos aspectos: el aspecto *cognitivo* y el aspecto *afectivo*. El primero se refiere al grado de conocimiento (‘awareness’) de la nación por parte del pueblo. ¿En realidad pensaban los indios mexicanos de 1840 que el rey seguía reinando? Si ese era el caso, obviamente faltaban las bases del patriotismo. En este sentido el peso del Estado –su alcance social y geográfico– es importante. Pero, como dije antes, el estado no equivale a la patria; conocer al estado no es amar a la patria. De ahí surge la segunda pregunta más difícil de contestar, si el pueblo conoce, entiende, tiene contacto con el Estado nacional, ¿cuáles son las relaciones afectivas forjadas por medio de este intercambio: son positivas (‘nation-building’) o negativas (‘nation - stultifyng’)? Contribuyen a una simbiosis fuerte

de Estado y nación, o dejan al Estado como un esqueleto carente de carne nacionalista, privado de una plena hegemonía, dependiente nada más de la coerción?

Ahora, quisiera tratar de relacionar estas consideraciones generales con la historia de América Latina, especialmente de México. Sostendré, que ambas perspectivas (la 'primordial' y la 'instrumental') tienen algo de razón; su utilidad depende bastante del caso histórico. Probablemente no es mera coincidencia que un mexicanista sienta más simpatía por la perspectiva 'primordial', un centroamericanista por la 'memoria'. Además, las dos son parcialmente compatibles, debido a que cada una trata fenómenos distintos; es decir, el patriotismo/nacionalismo de una perspectiva no es el mismo que el de la otra, y este debate –como muchos debates en las ciencias sociales– gira alrededor de modelos o conceptos distintos, no solamente hechos o datos discutidos. En términos sencillos, diría yo, la perspectiva 'primordial' puede tener razón cuando propone un patriotismo orgánico y popular, aunque exagera sus raíces antiguas; por otro lado, la 'moderna' yerra al confundir Estado y nación, reduciendo de esta manera el proceso de 'forjar patria' al proceso de 'forjar Estado'.

Permítanme un rapidísimo recorrido por la historia de México. Hay cierto consenso entre los historiadores que durante la Colonia, la Nueva España incubaba una forma de proto-patriotismo, basada en símbolos mexicanos (Quetzalcoatl, la Virgen de Guadalupe), y nutrida por sentimientos anti-gachupines.⁵⁰ Ahí tenemos una gama de actitudes que se pueden definir bajo la tipología antes esbozada: en primer lugar, un patriotismo embrionario (con rasgos culturales), que valorizaba los símbolos mexicanos, frente al desprecio peninsular (el papel de los intelectuales jesuitas fue, en este contexto, muy importante) y que proponía ideas de soberanía novohispana; y, en segundo lugar, una mezcla de nacionalismo económico (es decir, oposición al mercantilismo español por parte de las elites criollas) y xenofobia popular (por tanto, la matanza de los gachupines en Guajuato y el grito, un poco contradictorio, que se oía en las plazas públicas: 'que viva Fernando Séptimo y mueran todos los gachupines').⁵¹ Lo que es difícil analizar o evaluar es

la amplitud de este protopatriotismo: ¿era exclusivamente criollo, restringido a las elites criollas, tales como los miembros de la conspiración de Allende y Hidalgo? O era compartido por grupos populares, ya sean mestizos o indios? ¿Obraban estos nada más como sujetos 'pre-políticos', impulsados por la pobreza, por los abusos cotidianos? ¿O tenían sus propias ideas políticas, político-religiosas, o político-religioso-*patrióticas*?

Eric Van Young, que ha trabajado mucho sobre la insurgencia, tiende a descartar la idea de un patriotismo —una identificación con México— genuinamente popular; al contrario, propone la idea del 'campanillismo', 'la tendencia de los campesinos a extender su horizonte social y político no más lejos de aquello que se vela desde la torre de su iglesia'.⁵² Esto sugiere que la lealtad colectiva principal, o 'primordial', de los insurgentes populares era a su comunidad —su *altepetl*, si se quiere— y que la comunicada significativamente era representada por la iglesia. Patriotismo local y religión se confundían. No había un genuino patriotismo popular profundo; tampoco había sentimientos 'pan-indios' o 'pan-tribales'; los pueblos zapotecos o mixtecos gastaban más energía luchando entre sí, en vez de unirse contra el explotador peninsular/criollo/mestizo. La patria chica eclipsaba a la patria grande. O, en términos de Luis González, el 'matriotismo' predominaba sobre el 'patriotismo'.⁵³

Si Van Young tiene razón, podemos concluir —muy provisionalmente— que los 'primordialistas' correctamente enfatizan el crecimiento —lento, casi orgánico— de sentimientos patrióticos dentro de las elites criollas bajo la colonia y que en México, como en ciertas otras colonias, como la India, el patriotismo *precedió*,— y, en cierta forma *contribuyó* —a la formación del Estado/nación independiente.⁵⁴ Quizás Chile tuvo una experiencia algo semejante.⁵⁵ Por otra parte, Perú y América Central parecen carecer de estos sentimientos proto-patrióticos, en parte, quizás, porque en estos países la iglesia colonial no jugó el papel formativo que tuvo en México.⁵⁶ (Paradójicamente, según parece, la iglesia católica colonial contribuyó a la formación del futuro Estado mexicano que sería su azote). Sin embargo, si aceptamos el juicio de Van Young, los 'instrumentalistas' tienen razón

cuando representan a la masa de la población –rural, campesina, analfabeta– encerrada en sus comunidades locales, indiferente a la idea de una nación concebida según el modelo (relativamente nuevo) de un Estado/nación, al estilo francés.

La cuestión clave, que nos lleva otra vez al debate entre Bonilla y Mallon, es la duración de esta situación en el México –o el Perú– independiente. En gran parte de América Latina, los sentimientos patrióticos –la identificación con las nuevas naciones: Chile, Perú, Argentina, Bolivia– fueron insuficientes para afianzar la estabilidad política y territorial. América Central, donde las tensiones entre la Federación y las repúblicas duraron una generación, fue un caso extremo. Quizás Chile tuvo más éxito, debido a la relativa homogeneidad de su población y la facilidad con que conquistó su independencia; al poco tiempo, Chile se volvería una potencia expansionista e imperialista, la Prusia de Sudamérica. Pero en México, como en la mayor parte de la América Española, la independencia conllevó inestabilidad tanto dentro como fuera. El patriotismo criollo no pudo convertirse en una ideología hegemónica; la independencia de México se consiguió bajo un régimen conservador (brevemente imperial); los gobiernos de la flamante república se enfrentaron a amenazas externas (española, norteamericana, francesa) y a desafíos internos; por parte de caudillos levantiscos, regiones celosas de sus privilegios frente al ‘centro’ e indios y campesinos reacios al control del nuevo gobierno republicano, que carecía de la (menguante) legitimidad del régimen colonial. De ahí, la mutilación territorial de México, las guerras de castas, y las lamentaciones de las élites contra la falta de patriotismo popular que cité antes. La gran cuestión, entonces, era cómo formar una patria, cómo hacer de México más que una mera ‘expresión geográfica’ (como Metternich describió a la Italia decimonónica). Es la gran cuestión de cada país ex-colonial; y aún de países como Francia, en la medida en que –como demuestra Eugen Weber– el régimen republicano, heredando un país todavía muy dividido en términos políticos y culturales, tuvo que convertir a los campesinos en franceses’ (peasants into Frenchmen’)⁵⁷ – es decir, tuvo que comportarse según el

modelo de los 'instrumentalistas'; combinando proyectos de 'forjar patria' y 'forjar Estado', borrando las divisiones regionales y étnicas, promoviendo esa homogeneidad que el Estado, la clase política, el capitalismo, y/o la industria necesitaban.

Pero repito que debemos cuidarnos de las lamentaciones de las elites que, quizás, servían de excusas para su propia incapacidad. Era muy natural echar la culpa de la inestabilidad mexicana a los indios ignorantes que tanto estorbaban el progreso y desarrollo del país. Pero nosotros, los historiadores, no debemos creer en las excusas. Por un lado, vale notar como la lucha de la independencia dejó una rica herencia discursiva (cosa que no hizo en Brasil, Perú o América Central):⁵⁸ a los antiguos símbolos protopatrióticos (Quetzalcoatl, la Guadalupe) se agregaron los de Hidalgo, Morelos, la Corregidora, el Pipila. Al nivel local, el ejemplo y la memoria de los insurgentes sobrevivieron, mantenidos por familias y comunidades, por medio de corridos, fiestas, cuentos. (Un buen ejemplo sería la familia Zapata, y su comunidad de Anenecuilco). Además, la experiencia de dos masivas invasiones extranjeras en las décadas de 1840 y 1860 introdujo nuevos ejemplos, lealtades y símbolos. Si bien es verdad que la resistencia mexicana contra los norteamericanos no fue muy exitosa (la comparación con la resistencia española a Napoleón era poco halagadora), si hubo resistencia, a veces por parte de grupos populares: los habitantes de la Ciudad de México; los campesinos de la Huasteca y de la Sierra Gorda, que combinaron demandas sociales con una fuerte afirmación de su identidad nacional.⁵⁹ (De hecho, tales afirmaciones, no son difíciles de encontrar, aún en peticiones escritas por indios del norte lejano, como los Opata, o por alejados pueblos campesinos, tanto del centro como del norte, tal como Namiquipa:⁶⁰ como mínimo, un *discurso* patriótico era bien conocido por los campesinos, o sus escribanos y tinterillos; y esto sugiere, en mis términos, cierta comprensión cognitiva de –sino una lealtad afectiva con la flamante nación mexicana). En contraste, hay bastantes ejemplos de elites 'vendepatrias', como las de Yucatán, cuya lealtad a la nación era débil y contingente, y cuyo horizonte parecía tanto estrecho como egoísta, no obstante su

educación y cultura libresca. Casos semejantes en el resto de América no faltan.⁶¹

Y este contraste se ve con más claridad con la intervención francesa de la década de 1860 que provocó una resistencia amplia y eficaz, en toda la sociedad mexicana, y en la que se distinguieron las clases populares. En contraste con la guerra civil, que ya había movilizó gran parte de la población mexicana. Conllevó una guerra prolongada, en que la represión sistemática hecha por la contra-guerrilla –especialmente los austriacos– tuvo efectos contraproducentes. Además, sabemos de la investigación de Guy Thomson en la Sierra de Puebla, que los liberales decidieron devolver la defensa local a los pueblos, a las guardias nacionales, reclutadas localmente (cosa que no se hizo en la década de 1840).⁶² Como consecuencia, la lucha local –la defensa de la patria chica– se fusionó con la lucha nacional, la defensa de la patria grande; las dos coincidieron, y se reforzaron mutuamente. No había, –como generalmente se supone,– una oposición polar (o ‘juego-suma-cero’) entre estas dos lealtades, la local y la nacional. Las dos identidades (la mexicana y la nahuatlteca o anenecuiquense) coexistían. Además, la resistencia patriótica –tenaz, costosa, pero al fin exitosa– estableció un nuevo repertorio de héroes, símbolos, fechas y fiestas de índole liberal/patriótica. El Estado –juarista, porfirista– utilizó este repertorio, pero no lo creó.

Esta experiencia colectiva –que, obviamente, cuadra con la definición de Renan,– representó una fuerte toma de consciencia (*prise de conscience*) por parte de muchos pueblos mexicanos (aunque no todos, tampoco la mayoría). No sería una exageración decir que la patria fue forjada en el crisol de la intervención y la guerra, no obstante la falta de educación, escuelas, alfabetización, medios de comunicación masiva, novelas y relojes.⁶³ En este sentido, los “instrumentalistas” se equivocan al poner tanto énfasis en el proyecto nacionalista desde arriba y en descartar (aún a priori) un proyecto patriótico más popular; ‘orgánico’, y contingente. Pero apenas ‘primordial’; porque este proyecto surgió a raíz de hechos y hazañas recientes, no mitos envueltos en la niebla del lejano pasado. Tampoco surgió por medio de una expansión incremental y cuasi-geográfica de lealtades (familia,

pueblo, 'tribu', región, nación);⁶⁴ hubo saltos, especialmente el gran salto que unió pueblo y nación, Anenecuilco y México; y la lealtad 'tribal' brilló por su ausencia.

Además, esta experiencia no se limita a México. Las guerras (imperialistas) del siglo dieciocho, según Linda Colley, hicieron florecer el patriotismo (y chauvinismo) inglés.⁶⁵ Florencia Mallon sostiene que la intervención chilena en Perú, como la francesa en México, estimuló una fuerte resistencia popular y campesina (mientras que varias elites optaron por colaborar con los invasores).⁶⁶ La investigación reciente de Michael Schroeder sobre Sandino y la Nicaragua de 1920 demuestra una trayectoria semejante: la defensa de la patria chica en las Segovias, bajo la bandera liberal, condujo a una resistencia armada y retórica contra las tropas invasoras.⁶⁷ Quizás lo mismo ocurrió con la mortífera lucha de los paraguayos contra ejércitos de la Triple Alianza. Lo que estos ejemplos sugieren es la capacidad de la guerra —especialmente la guerra de guerrillas, que combina la defensa de la patria chica y la patria grande— para estimular y establecer hondos sentimientos patrióticos, aún dentro de poblaciones de cultura rural, 'tradicional' y oral, sin rasgos ni de nacionalismo económico ni de xenofobia (porque los extranjeros enemigos en estos casos no eran civiles residentes, sino tropas invasoras). En este contexto, ¿es correcto ver la campaña costarricense contra el filibustero William Walker principalmente en torno a la manipulación oficial desde 1880 en adelante?⁶⁸ ¿No dejó huellas más profundas, aunque menos articuladas?

Los paralelos que se notan aquí van más lejos, como Mallon demuestra en su comparación entre México y Perú. En ambos casos, una vez terminada la guerra (con triunfo en México, derrota en Perú), las nuevas elites nacionales abandonaron, desarmaron y, a veces reprimieron, a sus aliados populares. Líderes como Cáceres en Perú, Juárez y Díaz en México, eran, sin duda, patriotas; habían luchado para defender la soberanía nacional; pero, una vez instalados en el Palacio Nacional, dejaron que su concepto de la patria, de la nación, se conformara cada vez más al modelo de los 'instrumentalistas', o del 'Estado ético' de Gramsci. Es decir, tenían ganas de forjar no solamente una patria,

libre y soberana, sino también un Estado fuerte, estable y centralizado; que implicaba aplanar el particularismo local, someter a los caudillos y caciques locales, y convertir a los campesinos en mexicanos, ya sea por medio de clases de escuela o carabinas del ejército. Además, la lógica del capitalismo periférico obligaba al régimen a atraer la inversión extranjera, privatizar la tierra, y establecer lo que Wolf y Hansen denominan 'una dictadura de orden y progreso', bajo lemas positivistas.⁶⁹ Obviamente, este proceso del erróneamente denominado 'liberal state-building' no era privativo de México.⁷⁰

Mientras tanto, el patriotismo liberal continuaba el discurso oficial; de ahí, los retratos de Hidalgo, Juárez y Díaz en los palacios municipales; las fiestas oficiales —la independencia, la batalla de Puebla, el día de la Constitución— y el diseño arquitectónico de la Ciudad de México (el eje vial de Reforma, la estatua de Cuauhtémoc, el Ángel de la Independencia). Pero, en realidad, entre el patriotismo liberal/oficial y el local/popular se abrió una brecha. El régimen porfirista se alejó de sus orígenes populares, impuso una fuerte centralización política, y quitó su autonomía a los pueblos —incluso a los de tradición liberal—. Patria chica y patria grande ya no corrían parejas; al contrario, conforme la lógica del Estado centralizado, se oponían en un conflicto 'suma-cero'. Otra vez, las elites lamentaban la falta de patriotismo y de cultura de los plebeyos, anhelando la inmigración europea, que nunca llegó. El centenario de 1910 fue un botón de muestra: las élites, vestidas de frac se codearon con el cuerpo diplomático en lujosos banquetes capitalinos, mientras que los *jefes políticos* —figuras clave de la centralización autoritaria— impidieron que los campesinos entraran a las ciudades provincianas en su vergonzoso traje rústico.⁷¹ Lo que estaba en disputa no era en realidad una falta de patriotismo, sino conceptos rivales de la patria: uno 'instrumental', elitista, centralizador, enfocado en el Estado; otro más 'orgánico' (como he dicho, 'primordial' no sirve), popular, descentralizador, enfocado tanto en la patria chica —Anenecuilco, Namiquipa— como en la patria grande, México. Este concepto 'orgánico' se ve en las peticiones del porfiriato y de la Revolución, en los manifiestos políticos,

para mi, ni siquiera los tuvo).⁸¹ No obstante el proceso impresionante de forjar Estado y forjar nación (y así cumplir, en parte, el modelo 'instrumental'), siempre había desafíos y contra-proyectos, cuyos protagonistas a veces proclamaban su propio patriotismo. El Estado revolucionario nunca monopolizó el mercado en valores o discursos patrióticos; siempre existieron patriotismos (y énfasis *patriotismos* para diferenciarlos del nacionalismo del Estado) que rechazaron el monopolio buscado por el Estado. Durante la fase radical de la revolución entre 1920 y 1940, fue la iglesia católica, tanto laicos como clericales, que proclamó un patriotismo alternativo; con los Cristeros, los Sinarquistas, y el flamante PAN.⁸² Además, había políticos e intelectuales 'liberales' (algunos refugiados de las filas revolucionarias como Vasconcelos y Cabrera que criticaron al Estado por su traición de la revolución y del pueblo, reclamando —en palabras de Enrique Krauze, 'una democracia sin adjetivos' o, atacando el viraje izquierdista y 'comunista' del régimen durante la presidencia de Cárdenas.

Si en esa época las críticas más duras, las acusaciones de *lése-nation*, venían de la derecha, era de esperarse que, después de los años cuarenta, con el nuevo viraje del régimen, las críticas y acusaciones vendrían de la izquierda —ya sea marxista, lombardista, henriquista, o comunista; una izquierda que tildó al gobierno de transigir con el imperialismo yanqui, obligando al gobierno a esforzarse para desviar este ataque, mostrando su independencia del coloso del norte en su política hacia Cuba, la OEA, la Alianza para el Progreso. El nacionalismo económico se marchitaba, pero el patriotismo político permanecía siendo un eje central del sistema mexicano y un sangriento campo de batalla entre rivales ideológicos.⁸³

¿Y ahora, en pleno auge neoliberal y en vísperas del fin de la historia (según nos dice Fukuyama)? Ahora, podemos citar a Molière; 'cela, éstatit autrefois ainsi, mais nous avons changé, tout cela' ('así era en el pasado, pero hemos cambiado todo eso'). El nacionalismo económico, antes marchito, ahora parece muerto, no solamente en México, sino en otros países (Chile, Argentina), donde el anterior proyecto nacionalista de desarrollo hacia adentro ha sido

rotundamente rechazado. En su política exterior, tanto la voluntad como la capacidad de México para independizarse de los Estados Unidos ha disminuido. En política doméstica, sin embargo, el neo-liberalismo, no obstante su ideología formal de 'adelgazar' al Estado, ha dado resultados ambiguos: apenas representa una abdicación del Estado, o del arraigado deseo del Estado nacionalista para moldear a sus ciudades. Al contrario, las exigencias neo-liberales (competencia, innovación, mercados de trabajo 'flexibles') necesitan un Estado fuerte, quizás autoritario, para imponer los cambios y contener las protestas.

Pero seguramente ha habido una abdicación del nacionalismo económico (control nacional de los recursos) y, quizás, del patriotismo político (defensa de la soberanía y autonomía). Y esa abdicación que, sin duda, se puede justificar en aras de otros fines ('desarrollo', 'modernidad', 'primermundismo') ha dado lugar a críticas y protestas que han enarbolado los propios símbolos patrióticos de la Revolución y del régimen surgido de la Revolución; con el neocardenismo, cuyo linaje nacionalista apenas necesita mencionarse; y con el zapatismo chiapaneco, que lanzó su desafío al régimen el día en que el TLC entró en vigor, alzando la antigua bandera del agrarismo revolucionario y rescatando la figura de Zapata del panteón oficial. El armamento patriótico, almacenado durante décadas, ahora está apuntando al propio régimen, tildado de rasgos porfirianos, incluso 'gachupines'.⁸⁴

Un dilema entre los muchos que enfrenta el PRI actual es cómo forjar un nuevo patriotismo —cómo reinventar la 'comunidad imaginada' de México— conforme al nuevo modelo neo-liberal, en una época en que el nacionalismo económico (según nos dice) ya no sirve, el tradicional patriotismo político está en quiebra, y dos generaciones de 'forjar patria' —con símbolos nacionalistas, revolucionarios, anti-gringos— deben ser borradas del escenario político-cultural, por ser atávicas e inconvenientes. De ahí la controversia abierta sobre los libros de texto y la controversia tácita sobre el futuro de PEMEX. Es un dilema que el neo-liberalismo ha presentado en otras partes: porque, en la mayoría de los casos, resta poder a los gobiernos, promueve la integración transnacional, y predica la

supremacía de valores materiales, financieros, contables (en los que el patriotismo no cuenta).⁸⁵ Como dijo Friedrich List hace más de un siglo: la teoría del liberalismo económico 'no ha tenido en cuenta más que a la humanidad y a los individuos, pero nunca a las naciones.'⁸⁶ Hoy día, la corriente neoliberal va en contra de los esfuerzos hechos por estados en todas del mundo para forjar estados y naciones patrias, según un modelo que necesariamente combinó estos dos procesos. Ahora, los gobiernos quieren mantenerse en el poder, como siempre; el afán de gobernar, el *libido domi-nandi*, no ha perdido su sabor (fíjense en Fujimori, Menen, Salinas). Pero, mientras que la lógica económica anterior –de desarrollo hacia adentro– confirió un papel importante al Estado y así favorecía la legitimación de Estado y nación, la lógica actual, neo-liberal, pone a la patria, y quizás al propio Estado, en tela de juicio. El atolladero actual del PRI es, en gran parte, consecuencia de su propia actuación; pero también refleja un dilema global, que experimentan todas las naciones en donde una legitimización nacionalista anterior (bien arraigada en el caso mexicano), se está derritiendo en el solvente neo-liberal, dejando estados más esqueléticos, y provocando reacciones nacionalistas, que van de las frías estepas rusas a la cálida selva lacandona.

Notas

1. Mario Rodríguez. *A Palmerstonian Diplomat in Central America: Frederick Chatfield. Esq.* (Tucson University of Arizona Press, 1964) pp. 59-67.
2. Caso interesante de un hijo de un refugiado republicano español de los treinta convertido en el adalid del nuevo nacionalismo conservador.
3. Clifford Geertz, *The Interpretation of Cultures* (London, Fontana, 1993; prim. ed. 1973), p. 237.
4. Hans-Joachim K"ning, 'Reflexiones teóricas acerca del nacionalismo y el proceso de formación del Estado y la nación en América Latina'. *Memorias de la Academia Mexicana de la Historia*. XXXVIII (1995), pp. 5-26, ofrece una buena bibliografía. Vale agregar que hay casos europeos importantes -como el nacionalismo inglés- que, comparado, por ejemplo, con el alemán apenas ha sido estudiado hasta hace poco; y aún los estudios recientes –Gerald Newman,

- The Rise of English Nationalism* (London, Weidenfeld and Nicolson, 1987), Linda Colley, *Britons* (London, Pimlico, 1994), no se distinguen por la riqueza de su enfoque comparativo/teórico.
5. Luis González y González, 'Patriotismo y matriotismo, cara y cruz de México' en Cecilia Noriega Elio, ed., *El nacionalismo en México* (Zamora, El Colegio de Michoacán, 1992) p. 477.
 6. Gerhard Masur, *Nationalism in Latin America* (New York, MacMillan, 1966); Frederick C. Turner, *The Dynamic of Mexican Nationalism* (Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1968).
 7. Anthony D. Smith, *The Ethnic Origins of Nationalism* (Oxford, Blackwells, 1993; prim. ed., 1986); John Breuilly, *Nationalism and the State* (Manchester, Manchester University Press, 1982); Ernest Gellner, *Nation and Nationalism* (Ithaca, Cornell University Press, 1987); Elie Kedourie, *Nationalism* (London, Hutchinson, 1960); Kenneth Minogue, *Nationalism* (Baltimore, Penguin Books, 1970); E. J. Hobsbawm, *Nations and Nationalism since 1870* (Cambridge, Canto, 1990).
 8. Heraclio Bonilla, 'The Indian Peasantry and 'Peru' during the War with Chile' and Florencia E. Mallon, 'Nationalist and Antistate Coalitions in the War of the Pacific: Junin and Cajamarca, 1879-1902', en Steve J. Stern, ed. *Resistance, Rebellion and Consciousness in the Andean Peasant World* (Madison, University of Wisconsin Press, 1987), pp. 219-279; Fernando Escalante Gonzalbo, *Ciudadanos Imaginarios* (México, El Colegio de México, 1992). Jean Piel trata temas similares en 'Fuera el Estado del Estado? Afuera la nación?', en Arturo Taracena A. y Jean Piel, *Identidades nacionales y Estado moderno en Centroamérica* (San José, CIHAC, 1995), pp. 181-5.
 9. María Ana Alonso, 'The Politics of Space, Time and Substance; State Formation, Nationalism and Ethnicity', *Annual Review of Anthropology* (1994), pp. 382-3, se refiere a 'una identidad entre pueblo, patrimonio (heritage), territorio y Estado'; aunque yo creo que debemos agregar: 'Estado o *Estado potencial*'.
 10. Víctor Hugo Acuña Ortega, 'Historia del vocabulario político en Costa Rica', en Taracena y Piel, *Identidades nacionales*, p. 67; Paul Gootenberg, *Between Silver and Guano. Commercial Policy and the State in Postindependence Peru* (Princeton, Princeton University Press, 1989), p. 72; Alan Knight, *The Mexican Revolution* (2 tomos, Cambridge, Cambridge University Press, 1986), t. ii, pp. 150-3; Kenneth D. Lehman, 'US Foreign Aid and Revolutionary Nationalism in Bolivia, 1952-64', tesis doctoral, University of Texas at Austin, 1992, pp. 643-8.
 11. Aunque surgió a raíz de un conflicto económico, la expropiación petrolera fue motivada por un fuerte sentido de la dignidad y soberanía nacionales; como Ramón Castilla en 1841, Cárdenas reaccionó contra un desafío político, más que un reto económico; Alan Knight, 'The Politics of the Expropriation', en Jonathan C. Brown y Alan Knight, eds., *The Mexican Petroleum industry in the Twentieth Century* (Austin, University of Texas Press, 1992), pp. 90-128.

12. Es decir, el fraude electoral justificado por el interés nacional. Como este ejemplo sugiere, mi concepto de patriotismo concierne su *expresión*, no sus *motivos ocultos*, que es otra cosa, a la que volver, después. En cuanto a la sensibilidad mexicana y la reacción estadounidense, Robert A. Pastor y Jorge G. Castaneda, *Limits to Friendship; The US and Mexico* (New York, Knopf, 1988), ofrece un enfoque bilateral interesante.
13. Ignacio Díaz Ruiz, 'El nacionalismo en la literatura latinoamericana', en Ignacio Sosa *et al.*, *El Nacionalismo en América Latina* (México, UNAM, 1981), pp. 133-53.
14. Stephen G. Rabe, *Eisenhower and Latin America* (Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1988), pp. 101-3. Para una discusión de los orígenes del hispanoamericanismo, véase Ricaurte Soler, *Idea y cuestión nacional latinoamericanas* (México, Siglo XXI, 1986), cap. V.
15. Gootenburg, *Between Silver and Guano*, p. 74 y *passim*.
16. Gootenburg, *Between Silver and Guano*, cap. III; Alan Knight, *US-Mexican relations, 1910-40; an Interpretation* (San Diego, Center for US-Mexican Studies, 1987), cap. IV.
17. Gootenburg, *Between Silver and Guano*, pp. 72-9, 115; Ralph Lee Woodward, *Rafael Carrera and the Emergence of the Republic of Guatemala, 1821-71* (Athens, University of Georgia Press, 1993), pp. 79-80. La asociación entre religión y patriotismo se nota en otros casos, notablemente el inglés; Colley, *Britons*, cap. I.
18. Knight, *US-Mexican Relations*, pp. 59-69. Otros historiadores discrepan: John Mason Hart, *Revolutionary Mexico* (Berkeley, University of California Press, 1987); Ramón Eduardo Ruiz, *The People of Sonora and Yankee Capitalist* (Tucson, University of Arizona Press, 1988).
19. Knight, 'Politics of the Expropriation'.
20. Carl Solberg, *Immigration and Nationalism. Argentina and Chile, 1890-1914* (Austin, University of Texas Press, 1970), caps. III-IV.
21. Según un modelo útil, el proceso pasa por tres etapas: las 'monarquías compuestas (composable monarchies)', los estados absolutistas, y los estados-naciones: Istvan Hont, 'The Permanent Crisis of a Divided Mankind; "Contemporary Crisis of the Nation State" in Historical Perspective', en John Dunn, ed., *Contemporary Crisis of the Nation State?* (Blackwells, Oxford, 1995), p. 179.
22. Alan Knight, 'Race, Revolution and Indigenismo: Mexico, 1910-40', en Richard Graham ed., *The Idea of Race in Latin America* (Austin, University of Texas Press, 1999), pp. 71-114; Jeffrey Gould, 'Vana Ilusion' The Highlands Indians and the Myth of Nicaragua Mestiza, 1880-1925', *Hispanic American Historical Review*, 73/3 (Aug. 1993), pp. 393-430.

23. Gellner, *Nations and Nationalism*, pp. 43-5; Charles R. Hale, Resistance and Contradiction, Miskity Indians and the Nicaraguan State, 1894-1987 (Stanford, Stanford University Press, 1994); Gootenberg, *Between Silver and Guano*, p. 150, se refiere a una 'nación sumergida' de Quechua-parlantes en el Perú decimonónico.
24. Stephen Palmer, 'Sociedad Anónima, Cultura Oficial: Inventando la Nación en Costa Rica', en Iván Molina Jiménez y Stephen Palmer, eds., *Héroes al gusto y libros de moda* (San José, Editorial Porvenir, 1992), pp. 181-185.
25. Alan Knight, 'Popular Culture and the Revolutionary State in Mexico, 1910-40', *Hispanic American Historical Review*, 74/3 (1994), pp. 395-444.
26. En América Central, en mi opinión, cuando los historiadores dicen que están analizando el proceso de 'forjar patria' -'nation building'- a veces en realidad se limitan al proceso de 'forjar Estado', 'state-building': por ejemplo, Robert G. Williams, *States and Social Evolution. Coffee and the Rise of National Governments in Central America* (Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1994) cap. VI. Una razón sin duda poderosa es que es algo más fácil investigar -aún medir- el crecimiento del Estado que el de la nación.
27. Smith, *Ethnic Origins*, pp. 7-13.
28. Stephen Runciman, *The Sicilian Vespers* (Cambridge, Canto, 1992; prim. ed. 1958); Pierre Vilar, 'On Nations and Nationalism'. *Marxist Perspectives*, 2/1 (1979), pp. 8-30.
29. Jacques Lafaye, Quetzalcóatl y Guadalupe (México, Fondo de Cultura Económica, 1977); D. A. Brading, *The Origins of Mexican Nationalism* (Cambridge, Centre of Latin American Studies, 1985) y *The Firts America* (Cambridge, Cambridge University Press, 1991), caps. XIV, XVI, XX.
30. James Lockhart, *The Nahuas After the Conquest* (Stanford, Stanford University Press, 1992), p. 15.
31. Linda Schele y David Freidel, *A forest of Kings, the Untold Story of the Ancient Maya* (New York, William Morrow, 1990), p. 51.
32. Mark Nathan Cohen, *Health and the Rise of Civilization* (New Haven, Yale University Press, 1989), p. 25.
33. E. J. Hobsbawm, *Nations and Nationalism*, pp. 9-10.
34. *Ibid*, p. 10.
35. Taracena, 'Nación y república', p. 55; Acuña Ortega, 'Historia del vocabulario', p. 64; Palmer, 'Sociedad Anónima', pp. 171-2.
36. Taracena, 'Nación y república', p. 36.

37. Bonilla, 'The Indian Peasantry'.
38. Gootenberg, *Between Silver and Guano*, pp. 58-9, 74, 98. Varios historiadores ven una lógica económica –pero no necesariamente libre-cambista– que subyace los (proto) patriotismos centroamericanos: Rodolfo Cerdas Cruz, *Formación del Estado en Costa Rica* (San José, Editorial de la Universidad de Costa Rica, 1985); Wayne M. Clegern, *Origins of liberal dictatorship in Central America: Guatemala 1865-73* (Niowot, University of Colorado Press, 1994), pp. 2, 5, atribuye el nacimiento del nacionalismo guatemalteco al movimiento secesionista de los Altos, que, a su vez, respondía a los intereses particulares (incluso económicos) de la elite blanca de Quetzaltenango.
39. Gellner, *Nations and Nationalism*, pp. 34-5, 48.
40. Bonilla, 'The Indian Peasantry?', p. 229.
41. Robert Scott, citado en Turner, *The Dynamic of Mexican Nationalism*, p. 10.
42. Barrington Moore se refiere a esta corriente de opinión –generalmente elitista y conservadora– como el 'Catonismo': *Social Origins of Dictatorship and Democracy* (London, Penguin, 1969), pp. 491-6; véase también Karl Renner, 'The Development of the National Idea' en Tom Bottomore y Patrick Goode, eds., *Austro-Marxism* (Oxford, The Calreddon Press, 1978), p. 121.
43. Escalante Gonzalbo, *Ciudadanos imaginarios*, p. 14.
44. *Ibid.*, p. 142.
45. *Ibid.*, p. 56.
46. Richard Pipes, *The Russian Revolution*, p. 203.
47. Alan Rouquié, *The Military and the State in Latin America* (Berkeley, University of California Press, 1989), p. 25.
48. James C. Scott, *Domination and the Arts of Resistance* (New Haven, Yale University Press, 1990).
49. Ernest Renan, *Qu'est-ce que c'est una nation? (Conférence faite en Sorbonne le 11 mars. 1882)* (Paris, 1882).
50. Lafaye, Quetzalcóatl; Brading, *Origins, First America*; Enrique Florescano, *Memoria mexicana* (México, Fondo de Cultura Económica, 1987), cap. VIII. Nicholas Canny y Anthony Pagden, eds., *Colonial Identity in the Atlantic World, 1500-1800* (Princeton, Princeton University Press, 1987), ofrece casos comparativos.
51. Eric Van Young, 'Quetzalcóatl, King Ferdinand and Ignacio Allende Go to the Seashore; or Messianism and Nystical Kingship in Mexico, 1800-21', en Jaime Rodríguez O., ed., *The independence of Mexico and the Creation of the New Nation* (Los Angeles, University of California Press), p. 121.

52. *Ibid.*, p. 119.
53. González, 'Patriotismo y matriotismo'.
54. Virginia Guedea, 'El Pueblo de México y la política capitalina', *Mexican Studies/Estudios Mexicanos*, 10/1 (winter 1994, pp. 27-61, sugiere una politización más amplia y temprana de lo que a veces se piensa, al menos en la Ciudad de México.
55. Simon Collier, *The Ideas and Politics of Chilean Independence, 1808-33* (Cambridge, Cambridge University Press, 1967).
56. Brading, *First America*, sugiere la relativa debilidad ideológica y organizativa de la Iglesia en Perú; cf. del mismo autor, *Church and State in Bourbon Mexico* (Cambridge, Cambridge University Press, 1994), cap. I. En cuanto a Centroamérica, véase el excelente libro de David McCreery, *Rural Guatemala, 1760-1940* (Stanford, Stanford University Press, 1994), pp. 131-5.
57. Eugen Weber, *Peasants into Frenchmen* (Stanford, Stanford University Press, 1986).
58. Por tanto, los nacionalistas costarricenses de los 1880 buscaron a su 'santolaico' en Juan Santamaría (cuyo equivalente mexicano sería, quizás, los niños héroes de la guerra de 1847); en Costa Rica, no había próceres de la independencia: Palmer, 'Sociedad anónima', pp. 182-92. En los Andes no solamente estuvo el movimiento de la independencia bastante débil; además, la figura de Tupac Amaru –precursor de la independencia o restaurador del imperio Inca? –dejó una herencia discursiva muy compleja y contradictoria: Jean Piel, '¿Cómo interpretar la rebelión pan-andina?', en Jean Meyer, ed., *Tres levantamientos populares* (México, CEMCA, 1992), pp. 71-80.
59. Leticia Reina, *Las rebeliones campesinas en México, (1819-1906)* (México, Siglo XXI, 1980), pp. 279, 344-5; Otis A. Singletary, *The Mexican War* (Chicago, University of Chicago Press, 1973), pp. 98-9.
60. Escalante Gonzalbo, *Ciudadanos Imaginarios*, pp. 70-1; Daniel Nugent, *Spent Cartridges of Revolution* (Chicago, University of Chicago Press, 1993).
61. Nelson Reed, *The Caste War of Yucatán* (Stanford, Stanford University Press, 1964), p. 85 narra como en 1848 el gobernador de Yucatán envió cartas idénticas a los gobiernos de España, Gran Bretaña y los Estados Unidos, solicitando su apoyo contra los sublevados mayas y ofreciendo 'dominación y soberanía' al primero de los grandes poderes que aceptara su oferta.
62. Guy P. C. Thomson, 'Bulwarks of Patriotic Liberalism: The National Guard, Philharmonic Corps and Patriotic Juntas in Mexico, 1847-88', *Journal of Latin American Studies*, 22/1 (1990), pp. 31-68. Cf. McCreery, *Rural Guatemala*, p. 181 sobre el impacto del servicio militar sobre el campesinado indio.

63. La interesante discusión de Anderson, en la que propone un nuevo sentido de tiempo, ligado al concepto de la nación y evidente en novelas, relojes, etc., me parece más imaginativo que convincente: Véase Anderson, *Imagined Communities*, pp. 24-6; Palmer, 'Sociedad Anónima', p. 178; Alonso, 'Politics of Space', pp. 387-8, con que coincido.
64. Para el modelo de 'círculos concéntricos', véase Peter Sahlins, *Boundaries, The Making of France and Spain in the Pyrenees* (Berkeley, University of California Press, 1989); cf. las observaciones de Montúfar y Coronado, citado en Taracena, 'Nación y república', p. 49.
65. Colley, *Britons*, Anthony D. Smith, 'War and Ethnicity; the role of warfare in the formation, self-images and cohesion of ethnic communities', *Ethnic and Racial Studies*, 4/4 (Oct. 1981), pp. 376-97, trata este tema en términos comparativos.
66. Florencia Mallon, *Peasant and Nation; The Making of Postcolonial Mexico and Peru* (Berkeley, University of California Press, 1995).
67. Michael Schroeder, "All Our Family Grudges": Civil War, Imperialism, Nationalism and Popular Protest, and State Formation in the Segovias of Nicaragua, 1927-34', ponencia librada en la conferencia 'Rethinking the Postcolonial Encounter', Universidad de Yale, octubre de 1995; véase también Richard Grossman, 'Patria y Libertad; Sandino and the Development of Peasant Nationalism in Northern Nicaragua', ponencia librada en el Congreso de LASA, Los Angeles, setiembre de 1992.
68. Palmer, 'Sociedad anónima', p. 178. El hecho de que un suceso nacional sea traumático no lo descalifica de significado nacionalista –y a veces las derrotas contribuyen no menos que los triunfos al proceso de 'forjar patria'. Fijense en el caso de la Segunda Guerra Mundial, tanto en Rusia como en Gran Bretaña. Víctor Hugo Acuña Ortega, 'Autoritarismo y democracia en Centroamérica: la larga duración– siglos XIX y XXm en Klaus G. Tangermann, *Ilusiones y dilemas: la democracia en Centroamérica* (San José, FLACSO, 1995), pp. 81, 85, 87, parece dar más importancia a la movilización bélica popular, que contribuyó, quizás, a la 'fuerte identidad nacional' que el autor percibe en Costa Rica.
69. Eric Wolf y Edward Hansen, 'Caudillo Politics: A Structural Analysis', *Comparative Studies in Society and History*, 9/2 (1967), pp. 168-79.
70. Gootenburg, *Between Silver and Guano*, caps. V, VI; Williams, *States and Social Evolution*, cap. VI; Hector Lindo-Fuentes, *Weak Foundations, The Economy of El Salvador in the Nineteenth Century* (Berkeley, University of California Press, 1990), cap. III; Edelberto Torres-Rivas, *History and Society in Central America* (Austin, University of Texas Press, 1993), cap. II.
71. Knight, *Mexican Revolution*, t. I, p. 1.
72. McCreery, *Rural Guatemala*, Caps. VI-IX, demuestra muy bien cómo el alcance del Estado 'liberal' aumentó, sin construir una verdadera legitimidad.

73. Arturo Warman, 'The Political Project of Zapatismo', en Friedrich Katz, ed., *Riot, Rebellion and Revolution; Rural Social Conflict in Mexico* (Princeton, Princeton University Press, 1988) pp- 321-39.
74. Gilbert Joseph y Daniel Nugent, eds., *Everyday Forms of State Formation; Revolution and the Negotiation of Rule in Modern Mexico* (Durham, Duke University Press, 1994).
75. Palmer, 'Sociedad anónima', pp. 188-93.
76. Knight, *US-Mexican Relations*, pp. 22, 64-8.
77. Hart, *Revolutionary Mexico*, y Ruiz, *The People of Sonora*, ponen más énfasis en los supuestos sentimientos xenofóbicos, anti-imperialistas y anti-gringo del pueblo mexicano.
78. Knight, 'Politics of the Expropriation'. Hay un paralelo interesante con la expropiación de la United Fruit por Arbenz quien, según Gleijeses, 'buscaba más que la tierra, quería romper el poder de un enclave extranjero que amenazó la soberanía del país'; *Shattered Hope. The Guatemalan Revolution and the United States, 1944-54* (Princeton, Princeton University Press, 1991), p. 165.
79. George Philip, *Oil and Politics in Latin America* (Cambridge, Cambridge University Press, pp. 204-9.
80. Alan Knight, 'The Peculiarities of Mexican History: Mexico compared to Latin America, 1821-1992', *Journal of Latin American Studies*, Quincentenary Supplement (1992), pp. 99-144; Mallon, *Peasant and Nation*, cap. X.
81. Alan Knight, 'Cardenismo; Juggernaut of Jalopy?', *Journal of Latin American Studies*, 26 (1994), pp. 73-107.
82. Jean Meyer, *La Cristiada* (México, Siglo XXI, 1973-4) es la obra clásica.
83. Tzyi Medin, 'La mexicanidad política y filosófica en el sexenio de Miguel Alemán, 1946-52', *Estudios interdisciplinarios de América Latina y El Caribe*, 1/1 (enero-junio 1990, pp. 5-22.
84. Adolfo Gilly, *Cartas a Cuauthámoc Cárdenas* (México, Ediciones Era, 1989), pp. 85-6, 201, 203, 233, 236.
85. Dunn, ed., *Contemporary Crisis of the Nation State?*
86. Ignacio Sosa, 'De la patria del criollo a la idea de nación hispanoamericana', en Sosa et al., *El nacionalismo en América Latina*, p. 16; véase también Hobsbawm, *Nations and Nationalism*, pp. 29-30.